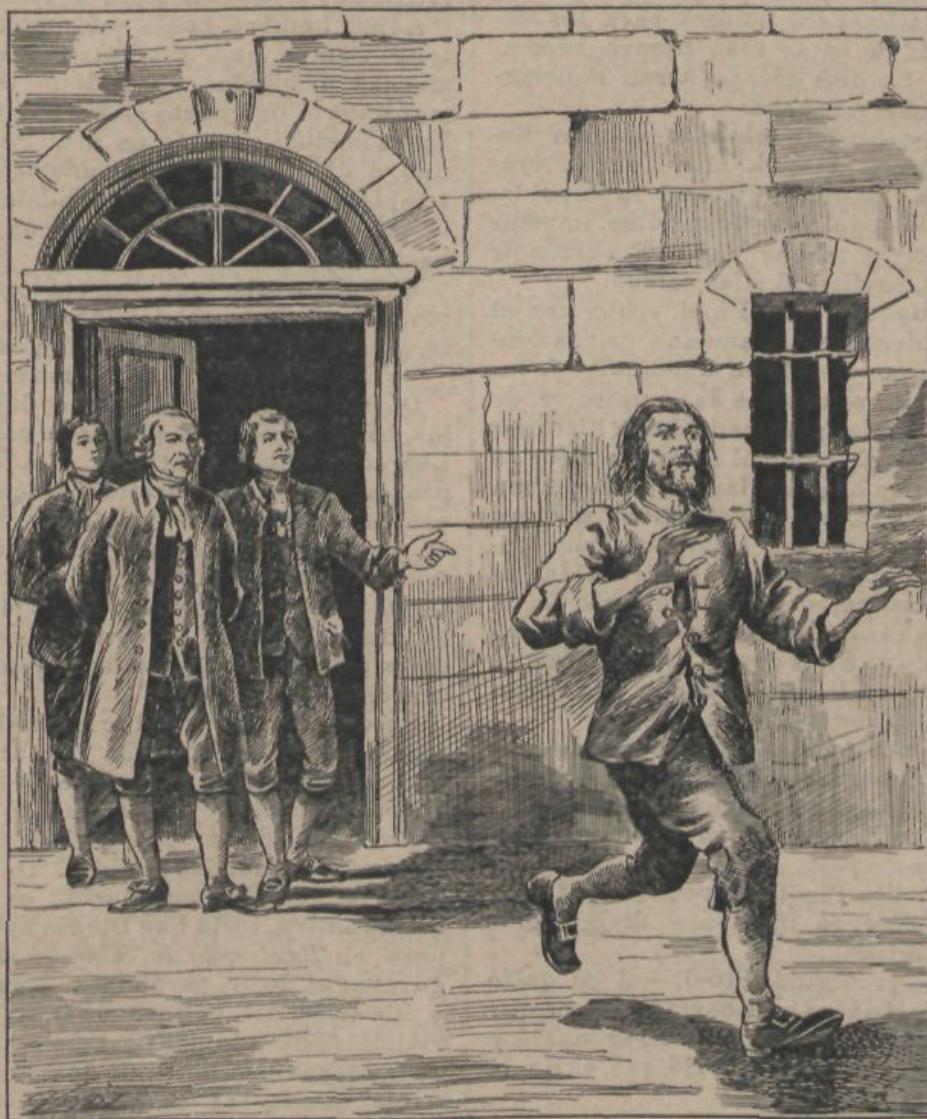


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, mayo de 1895 ↔ NÚMERO 32

— Con el presente número se entregará el cuaderno 32 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EN BICETRE:

El pobre loco, una vez libre de sus cadenas, se puso en pie y precipitóse fuera de la celda...

SUMARIO

En Bicêtre (*conclusión*).—El cazador de caballos (*continuación*).—Perdido en la pradera.—Pensamientos.

EN BICETRE (1792)

(*Conclusión*)

Durante este diálogo, Couthon se había interrumpido una ó dos veces para taparse las narices. Terminada la entrevista, sus portadores le sacaron de Bicêtre, y se despidió de Pinel con maliciosa sonrisa.

El doctor quedaba ya dueño de sus acciones, y, ansioso de obtener el éxito que esperaba, dió principio á su empresa al día siguiente. Al reflexionar sobre el asunto por la mañana, mientras tomaba el café, pensó que no se le ofrecerían pocas dificultades; pero estaba resuelto á plantear su método.

—Voy á dejar libres cincuenta prisioneros,—se dijo,—y lo haré sin peligro para los demás; pero, á fin de estar más seguro, comenzaré por doce. Sí: una docena serán suficientes para la primera prueba.

Su única precaución había sido mandar hacer doce chalecos de tela muy fuerte, provistos de largas mangas sujetas á la espalda, por medio de las cuales sería posible impedir al loco que hiciera mucho daño. Provisto de estos chalecos, se dirigió á las celdas.

El primer lunático que Pinel visitó era el *deán* del establecimiento, anciano capitán inglés que había envejecido en aquel horrible lugar. Contaba cuarenta años de encierro, y, de consiguiente, nadie sabía nada de su historia; pero considerábanle como el loco más feroz de Bicêtre. Los mismos guardianes se acercaban á él con mucha prudencia y el menor número de veces posible, pues en cierta ocasión, poseído de un acceso de locura, destrozó la cabeza de un hombre, dejándole muerto en el sitio. Por esta razón, tal vez, tratábasele con mayor dureza que á sus demás compañeros, en cuanto se refería á la alimentación y la cama, y esto le exasperaba más aún.

Pinel entró en la celda solo, ordenando á los guardianes que permaneciesen fuera, dispuestos á entrar si fuese necesario. El loco estaba echado en un oscuro rincón de su celda sobre un montón de paja.

—Capitán,—dijo Pinel con voz tranquila.

El loco le observó fijamente, dirigiéndole una siniestra mirada.

—Capitán,—prosiguió Pinel,—si os quito las cadenas, dejándoos en libertad para pasear por el patio, ¿me prometeréis ser razonable y no hacer daño alguno? Advertid que exijo la palabra.

—¡Oh! Sí: lo prometo,—repuso el capitán con voz bronca,—y hubiera prometido cualquiera vez en esos cuarenta años; pero os burláis de mí; todos me temen demasiado, y también vos.

—Os aseguro, capitán,—repuso Pinel,—que no me infundís miedo, y os diré francamente el motivo: es porque tengo seis hombres fuera; pero deseo que creáis en mi palabra. Me propongo concederos cierta libertad. ¿Veis este chaleco? Pues bien: bastará que seáis dócil mientras se os quitan las cadenas, y yo las sustituiré con este chaleco. ¿Me dais vuestra palabra?

El capitán balbuceó algunas palabras incoherentes.

—Capitán,—dijo Pinel,—es preciso prometérme.

El loco le miró fijamente un momento, encogiéndose de hombros y contestó:

—¡Oh! Sí: podéis contar con mi palabra.

—Eso es todo cuanto necesito,—dijo Pinel.

Y, llamando á los guardianes, ordenóles quitar las cadenas. La operación se hizo en pocos minutos, y, entretanto, el capitán miró á su alrededor con expresión de asombro, sin pronunciar una sola palabra. Apenas se puso el chaleco al loco, el doctor y sus ayudantes se retiraron, dejando abierta la celda.

Aquel hombre había permanecido sentado tanto tiempo, que, al tratar de levantarse, sus piernas encogidas no podían sostenerle, y transcurrió un cuarto de hora antes de que le fuera posible ponerse en pie. Por espacio de uno ó dos minutos permaneció inmóvil contemplándose, y después se adelantó, tocando la pared, desde el oscuro rincón de su celda hacia la puerta.

El cielo estaba muy despejado aquel día. El primer movimiento del loco fué para mirarle, y entonces dejó escapar una exclamación:

—¡Oh Dios mío! ¡Qué hermoso es!

Durante el resto del día no dejó de repetir las mismas palabras, paseando por el corredor. Llegada la noche, retiróse á la celda por su propia voluntad, durmió tranquilamente en una cama limpia que se había preparado para él, y en los dos años más que estuvo en Bicêtre no le sobrecogió ningún otro acceso violento. Hasta se hizo muy útil ejerciendo cierta autoridad sobre los otros locos, gobernándolos á su manera y constituyéndose en una especie de inspector.

Pero sigamos á Pinel en su visita. La celda siguiente estaba ocupada por un hombre no menos temible que el capitán: era un antiguo oficial francés, y había pasado los últimos treinta años de su vida en Bicêtre, aquejado de una monomanía religiosa. De escasa inteligencia, pero de imaginación extraordinariamente activa, creía que Dios le había destinado para el *Bautismo de Sangre*, según él aseguraba, es decir, para matar á sus semejantes y librarlos del peligro de ir al infierno, enviándolos directamente al cielo para disfrutar de la bienaventuranza de los justos. Esta horrible manía era la causa de su espantoso crimen.

Había comenzado su carrera homicida dando una puñalada en el corazón á una niña, que era su propia hija; y, providencialmente, esto puso término á la sangrienta misión que se

había impuesto, pues la justicia se apoderó de él. Instruida la causa, resultó que estaba loco, y se le condenó á encierro perpetuo en Bicêtre. Cuando recobró la calma después de su desesperado acceso de locura, experimentó angustia y remordimiento; este último le hacía sufrir en sus horas de lucidez, y permanecía sentado un día tras otro, mudo como una piedra y castigando á veces su cuerpo por el hambre.

Sus miembros estaban cargados aún con las mismas cadenas que se le pusieron el día de su ingreso en Bicêtre, sin que se las quitaran nunca, tanto por estar condenado á llevarlas, como por prudencia: este hombre era un caso desesperado de manía homicida, á juicio de los guardianes.

Aquel infeliz fué sometido al mismo tratamiento que tan buen resultado dió con el capitán inglés: el doctor Pinel mandó que le retiraran las cadenas y dispuso que los guardianes le condujesen á la enfermería; pero sus piernas se habían contraído de tal modo, que cuantos esfuerzos se hicieron para desdoblarlas resultaron inútiles. Durante algunos meses estuvo echado en la cama de la enfermería con los miembros encogidos, exactamente en la misma posición que tomaba en su celda; pero, al fin, la muerte puso término á sus padecimientos, sin que el infeliz hubiera conocido nunca la bondad del doctor Pinel. Era evidente que imaginaba que aún le pesaban las cadenas, pues las había llevado demasiado tiempo para persuadirse de que no las tenía.

El tercer prisionero, de muy distinta naturaleza, era un hombre que estaba en la flor de su vida, de complexión fresca y ojos brillantes é inquietos; tenía un marcado aspecto de altivez, y todos sus ademanes eran dramáticos. En su juventud había sido escritor, y distinguíase por su carácter dulce y su brillante imaginación. Escribió novelas que rebosaban el amor más ardiente, y su estilo era muy apasionado.

Antes del día en que se declaró su locura había escrito sin cesar, encerrado en su habitación y pasando á veces todo un día sin tomar alimento alguno, y la noche sin dormir. En tal estado de inusitada exaltación, tuvo la desgracia de enamorarse de la hija de un vecino.

La joven se divirtió al principio con las asiduidades de su adorador; cansóse muy pronto; le demostró después indiferencia, y, por último, le trató con desprecio, sin dejarle siquiera el consuelo de una duda.

Durante un año, el pobre autor se encerró con su miseria, y al cabo de este tiempo comprendió lo absurdo de su proceder: pensó que este mundo era para disfrutar de él; pasó desde un exceso á otro; abrió la puerta de su habitación; salió á la calle, y comenzó una vida disipada.

Por espacio de un mes hizo un género de vida verdaderamente animal, entregándose completamente á la satisfacción de sus apetitos; pero una mañana, después de pasar la noche en una espantosa orgía, se despertó loco. Se le condu-

jo á Bicêtre, poseído de un acceso de rabia, y permaneció encerrado doce años en una oscura celda, donde Pinel le encontró mordiendo sus cadenas y lacerándose el cuerpo en un acceso de su violencia periódica.

Pinel comenzó por hablarle razonablemente; pero sin efecto. El infeliz no quería escuchar, y agitaba sus cadenas cada vez más furiosamente.

—Este hombre es turbulentó,—pensó Pinel, mirándole fijamente;—pero no creo que sea peligroso, porque hace demasiado ruido, y la expresión no revela energía.

Y, llamando á los guardianes, ordenóles que dejaran al infeliz libre de sus cadenas.

Se sujetó al loco, y, mientras forcejeaba y mordía, practicóse la operación. Terminada que fué, todos retrocedieron para ponerse en guardia, dudando del buen éxito de la prueba.

El hombre se puso en pie, miró á su alrededor, precipítose fuera de la celda, franqueó el corredor y bajó al patio. Los guardianes le siguieron, dispuestos á caer sobre él para sujetarle; pero el pobre loco no cometió ninguna violencia. Poseído de una extraña excitación al ver que podía servirse de sus miembros, comenzó á correr al rededor del patio con toda la rapidez que le era posible. Después de dar diez ó doce vueltas, bien porque le faltara el aliento, ó porque le flaquéaran las piernas, se dejó caer y permaneció inmóvil.

Aquella excitación duró algunas semanas; pero no hizo daño á nadie ni causó desperfecto alguno. La bondad de Pinel y su especial cuidado devolvieron, al fin, al loco algo que se parecía á la razón. Por desgracia para él, la curación pareció tan completa, que se le permitió salir del asilo para volver al mundo. Entregado entonces á las convulsiones políticas, naturalmente, tomó parte en el movimiento con toda la vehemencia de sus pasiones, y fué guillotinado el 8 de termidor.

La cuarta celda estaba ocupada por un tal Chevingé, cuya liberación fué uno de los más notables acontecimientos del día.

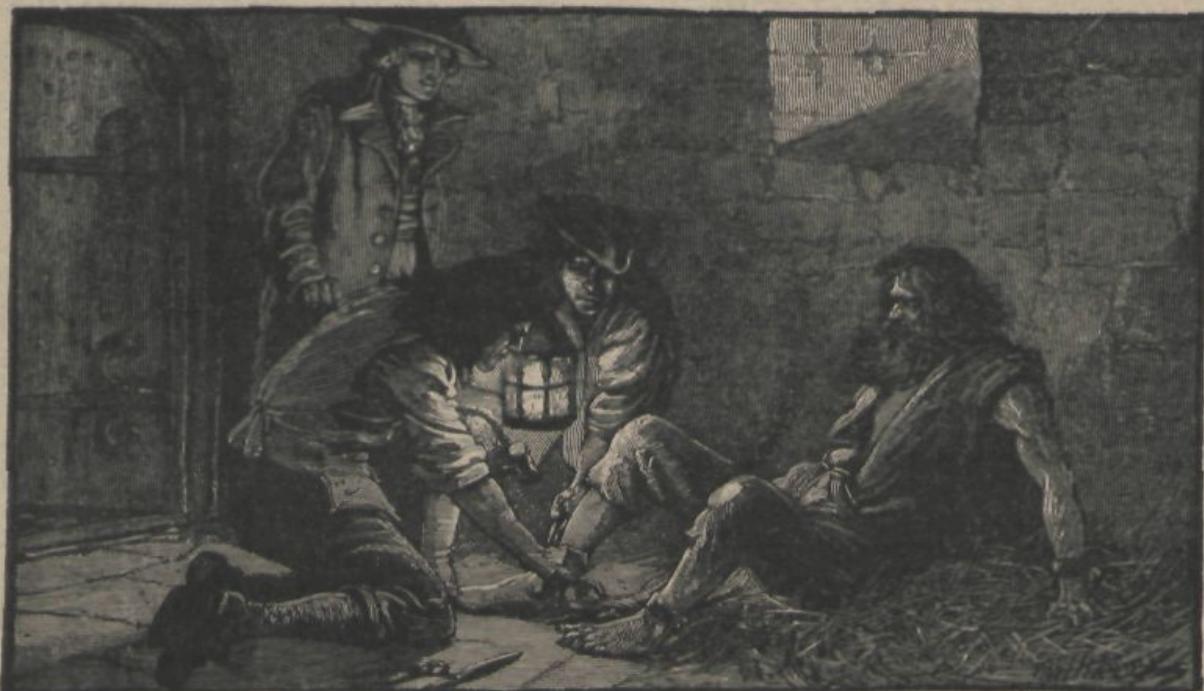
Había pertenecido á la Guardia, y era excelente soldado, sin tener más que una falta: el vicio de emborracharse. Apenas se le subía el vino á la cabeza, era violento y pendenciero, y hacíase peligroso encontrarse con él, á causa de su prodigiosa fuerza. Repetidos excesos y actos de insubordinación dieron lugar á que se le expulsase del cuerpo; contaba con muy pocos recursos, y muy pronto se vió sin un cuarto.

La reacción producida por una abstinencia forzosa después de beber mucho, le trastornó el cerebro. Imaginábase que, en vez de haber sido dado de baja en el servicio, había llegado á ser general, y buscaba camorra con todos aquellos que no le acataban con el respeto debido á su imaginaria posición. Al fin de una escena de este género fué conducido á Bicêtre, en un estado de locura furiosa, y allí estuvo encadenado diez años, peniéndosele los hierros más fuertes, porque más de una vez había roto las cadenas solamente por la fuerza de sus ma-

nos. En una ocasión, habiéndosele dejado libre algunos momentos, se revolvió contra sus guardianes, desafiando á todos á que le obligaran á volver á su celda, y no consintió en ir hasta que hubo obligado á aquéllos á pasar uno tras otro bajo su pierna levantada. Hizo esto con los ocho hombres que trataban de sujetarle, y desde aquel día se le reconoció como el hombre de más fuerza en Bicêtre.

Pinel fué más cauto con aquel hombre. Visitándole repetidas veces, reconoció la buena

durante los diez mejores años de su vida, convirtiése muy pronto en un modelo de buena conducta y agradecimiento. Más de una vez, en los borrascosos días que siguieron, salvó la vida de Pinel, y cierto día le libró de una caterva de bribones que se proponían arrastrarle á la linterna como elector de 1789. Durante el período de escasez en que amenazó el hambre, salía de Bicêtre todas las mañanas, y no volvía nunca sin provisiones, que en aquel tiempo no se podían comprar ni aun á



EN BICETRE: El doctor ordenó a los guardianes que quitaran las cadenas al pobre capitán

disposición que realmente se ocultaba en él bajo su violencia, exasperada de continuo por un tratamiento cruel; y entonces el doctor prometió al loco mejorar su estado. Esto bastó para que Chevingé se tranquilizara, tanto, que, al fin, se le anunció que no estaría obligado á llevar cadenas.

—Para probaros que tengo confianza,—le dijo Pinel,—y que os creo capaz de hacer bien, me ayudaréis á prestar auxilio á los infelices que no conservan tanto la razón como vos. Si os conducís bien, como creo que lo haréis, os tomaré á mi servicio para estar siempre á mi lado.

Nunca fué un cambio tan repentino y completo. Los mismos guardianes quedaron aturdidos al observarlo, y les fué forzoso respetar á Chevingé. Apenas se le quitaron las cadenas, hizose dócil y atento, y vigilaba de continuo al doctor como un perro fiel á su amo. Cumplía prontamente todas las órdenes que se le daban, y hablaba razonablemente á los locos, entre los cuales había sido hasta entonces el más desesperado.

Aquel hombre, tratado con tanta brutalidad

precio de oro. Durante el resto de su vida, según parece, fué un modelo de abnegación para el hombre que le había devuelto su libertad.

En la celda contigua á la de Chevingé, tres infelices soldados sufrían el peso de sus cadenas hacia cuatro años, y lo más particular era que nadie conocía, al parecer, la de este rigor. Solían estar tranquilos y eran inofensivos; solamente hablaban entre sí, en un lenguaje inventado por ellos, y así es que ninguno de sus compañeros de prisión podían comprender. Sin embargo, habíaseles concedido un privilegio, el único que aparentemente apreciaban, y era dejarlos en la misma celda. Apenas entró el doctor y comenzó á explicarles la modificación que se proponía introducir en el tratamiento, se encolerizaron mucho; sospechaban alguna traición, y estimularon uno á otro para resistirse á que les quitaran las cadenas, por lo cual hubo una empeñada lucha. Cuando, al fin, estuvieron libres, todos tres se tendieron en el suelo agitando las piernas.

—Ahora estáis libres,—dijo el doctor Pinel,—para salir al patio y disfrutar del aire fresco.

Ninguno de ellos se quiso levantar, ni desaban tampoco dejar la prisión. La pena había obcecado su inteligencia, y mostráronse insensibles á la perspectiva de la libertad.

En la celda siguiente había un loco muy extraño, que tenía una idea fija: era un anciano sacerdote que pensaba ser Jesucristo, y se conducía con todo el orgullo que semejante suposición podía comunicarle. Andaba con paso mesurado y ademán solemne, y su sonrisa dulce, aunque severa á la vez, parecía prohibir toda familiaridad. Todo en aquel hombre, hasta su manera de peinarse el cabello, largo y lacio á cada lado de su pálido rostro, de expresión resignada, comunicábale una semejanza singular con la hermosa cabeza de nuestro Salvador.

Los guardianes trataban algunas veces de desvanecer su error, diciéndole:

—Si eres quien pretendes ser, si eres Dios, rompe tus cadenas y líbrate de ellas.

A lo cual contestaba con la mayor dignidad:

—En vano trataréis de tentar á vuestro Señor.

Era la sublimidad de la arrogancia humana. La vida de aquel hombre había sido una larga novela religiosa, si se nos permite decirlo así. Comenzó por hacer una larga peregrinación á pie á Colonia y Roma, y después se embarcó para América, donde expuso la vida entre los indios Pieles Rojas para convertirlos á la buena fe. Debe suponerse que las fatigas y contratiempos que había sufrido sirviendo á la cristianidad acabaron por trastornar su cerebro; pero, sea como fuere, el caso es que volvió á Francia y proclamó públicamente que era Jesucristo, cuya doctrina había propagado en el mundo. Natural era que la autoridad interviniese: el hombre fué arrestado, y se le condujo á presencia del arzobispo de París, quien le envió á Bicêtre como loco. Se le cargaron de hierro manos y pies, y durante doce años sufrió este martirio sin proferir la menor queja; y debe advertirse que su tormento sería mayor, porque le exacerbaban de continuo los sarcasmos de sus guardianes. Este era un caso para poner á prueba los recursos del doctor Pinel. Los argumentos, por supuesto, serían inútiles; y en cuanto á desencadenar al pobre hombre, no había la menor dificultad, puesto que era incapaz de hacer daño á una mosca. La cuestión se reducía á saber si se podría curarle.

Pinel reflexionó detenidamente sobre el asunto, y, al fin, concibió una idea. Entró silenciosamente en la celda, ordenando á los guardianes que le siguiesen sin decir una palabra; hizo después señal para que se retiraran las cadenas al loco, operación que muy pronto quedó terminada, y después dió orden para que nadie dirigiese la palabra al orgulloso loco.

Esta línea de conducta se observó estrictamente: el pobre hombre, abandonado á sí mismo, comenzó á pensar en su aislamiento, en aquel completo abandono, en aquella especie de silencioso desdén, más enojoso aún para él que las cadenas y el encierro, porque no podía combatirlo, ni tampoco le era dado considerar-

se como mártir. Entonces comenzó á tener dudas, pues la indiferencia influye á veces más que la persecución: poco á poco se mezcló con los demás habitantes de Bicêtre, al principio por tener compañía y después por puro placer. Más tarde se interesó por las personas que veía, y de este modo llegó á olvidarse de sí mismo. De modo, que en menos de un año se recobró lo bastante para reconocer la locura que había dado origen á su encierro, y, al fin, salió de Bicêtre completamente curado.

De este modo, aunque con muchos contratiempos y malos resultados, el doctor Pinel pudo cumplir la promesa que se había hecho. En pocos días libertó á sus cincuenta prisioneros, de todas nacionalidades y categorías, y su experiencia fué la primera que abrió el camino para el mejor tratamiento de los locos, reconocido después como el más humano y sabio.



PERDIDO EN LA PRADERA

Los caballos usados generalmente en las praderas occidentales se designan, por lo regular, con el nombre de *bronchos*, término que se deriva, sin duda, del adjetivo español *bronco*. Son descendientes directos de los caballos salvajes, que en considerables bandadas se pueden ver aún en algunos puntos, y parecen tan ansiosos de libertad como sus antecesores durante varios siglos.

Muchos ganaderos tienen centenares de esos cuadrúpedos, y los dejan sueltos en invierno, y entonces se reúnen á menudo con bandadas de caballos salvajes que nunca sintieron la espuera; de modo que, antes de ser cogidos otra vez, son tan indómitos como sus compañeros, y es preciso domarlos nuevamente. Los hombres que conocen bien estos caballos, por haberlos manejado mucho, aseguran que tienen el vicio de alejarse á gran distancia por las praderas para dejar allí á sus jinetes á fin de huir luego, y que siempre están espiando la ocasión de escapar.

Estos caballos tienen otro vicio, harto conocido en el país, que consiste en hacer perder los estribos al jinete para desembarazarse de él ó de cualquier peso que tengan sobre sí. Para conseguirlo arquean el lomo como un gato, saltan á veces á dos ó tres pies de altura y se dejan caer con las piernas anteriores rígidas y unidas, bajando mucho la cabeza.

El cuadrúpedo repite esta operación un centenar de veces en un espacio de tiempo increíblemente corto; y, á no ser el que monta un consumado jinete, de las cien veces, noventa y nueve quedará sentado en tierra.

Después de haber practicado esta operación, lo regular es que el caballo quede también libre de su silla, y entonces huye, sin que nadie sepa á dónde; pero probablemente habrá ido á reunirse con los compañeros.

Yo nunca tuve mucha afición á ser domador de caballos, y siempre rehusaba los que se me ofrecían, temeroso de que adolecieran de los vicios que acabo de indicar.

Nunca encontré ninguno que me agradara; y cuando montaba algún bronco y notaba en él intenciones de hacerme su juguete favorita, cuanto más pronto podía desmontar, más contento quedaba.

Sin embargo, en cierta ocasión me hallé tan apurado, que me fué preciso comprar uno de esos cuadrúpedos, cuyo aspecto no me agrada en lo más mínimo.

Por de pronto, observé que tenía mirada traídora; y cuando se me dijo que había corrido con los caballos salvajes el año anterior, me acosaron malos presentimientos.

Como medida de precaución, rogué á un vaquero que le montara primeramente, para que me dijese lo que le parecía; pero el muchacho fué muy pronto arrojado de la silla, diciéndome después que con aquel cuadrúpedo era muy fácil romperse el cuello. Entonces le dije que si se comprometía á domarle bien dentro de treinta y seis horas, le daría una gratificación de cinco duros, quedando, además, muy agradecido al favor.

Cuando me le presentó, volvió á montar en él, y le tuvo inmóvil bastante tiempo, pero sirviéndose de un bocado de los que usan en el país, bárbaro instrumento de tortura que sujetaba con dureza, cortando casi la lengua del caballo.

El vaquero trabajó en el cuadrúpedo toda la tarde y parte del día siguiente, castigándole con el bocado, la espuela y el látigo, cuando manifestaba la menor inclinación á arquear el lomo.

Cuando el vaquero me presentó el caballo por la noche, compadeci casi al pobre cuadrúpedo, porque tenía los costados cubiertos de sudor y sangre, saliéndole esta última por boca y narices.

Sin embargo, no pude menos de regocijarme al observar el cambio en sus ojos, que ya no tenían mirada traídora y salvaje, sino muy humildes, como la de las mulas; pero habíase-me dicho, según recordé más tarde, que los broncos miran así á veces para engañar me-

jor, esperando que así se les facilite la ocasión de escapar.

A la mañana siguiente salí, algo temeroso, para emprender un viaje, en el que esperaba emplear tres días, siendo la distancia próximamente de ciento veinticinco millas. Propónmame ir á una ganadería inmediata á la parte central de Wyoming.

Pasé aquella noche en un rancho situado á treinta y cinco millas, habiendo viajado mi bronco tranquilamente todo el día, tanto, que me pareció domado por completo de cuerpo y espíritu. Sin embargo, á la mañana siguiente pareció más animado, sin duda por la abundante yerba que comió durante la noche.

El sol acababa de aparecer en el horizonte, cuando ya había montado de nuevo para proseguir mi viaje, con no muy agradable perspectiva, pues debía caminar aún dos días por las praderas, casi con la seguridad de no encontrar ni un ser humano en aquel tiempo. Sin embargo, no había otro remedio, y la experiencia me había enseñado que se debía aceptar lo inevitable con resignación.

Muchos peligros amenazan al viajero en semejante viaje; pero éstos no tienen importancia alguna comparados con la terrible monotonía que ofrece. Con un simple compañero, aunque no sea más que un muchacho, se podría tolerar; pero completamente solo es una de las más desagradables experiencias en la vida de frontera.

No vacilaré en decir que con frecuencia he esperado varios días ó recorrido muchas millas solamente para buscar algún compañero de viaje, aunque fuera de la clase más ínfima.

¡Con qué placer mira el viajero el más trivial incidente que interrumpe la monotonía de semejante excursión!

Tal vez se divise de pronto un conejo, que desaparece al punto en su madriguera ó en un matorral. Cuando menos se piensa, aparecen algunos antílopes; mas, al ver al viajero, creen que se trata de cortarles la retirada, y, cruzando rápidamente desde la derecha, se pierden de vista por la izquierda; ó bien se divisa á lo lejos un coyote, que se aleja lentamente mirando de reojo para ver si está á tiro de fusil. Estos son los únicos incidentes que suelen ocurrir durante el viaje, ó, por lo menos, los más usuales, que á veces pasan casi desapercibidos á causa de las ondulaciones de la pradera.

Yo no ví nada de esto en el segundo día de mi excursión; pero, en cambio, encontré un hombre, un jinete solitario como yo: solamente se parecía á mí en esto, y hubiera sentido asemejarme á él en lo demás.

Era un mejicano de muy mal aspecto, montado en uno de esos caballos que llaman pintos; y cuando le divisé por primera vez, hallábase tan sólo á pocos centenares de pasos de mí.

Apenas estuvo más cerca, saludóme cortésmente, diciéndome:

—¿Cómo va, caballero?

Nos detuvimos algunos minutos para hablar, según es costumbre cuando los viajeros

se encuentran en las praderas; pero le vigilé atentamente, y entreabré mi levita para dejarle ver un revólver de Colt, cuya culata acaricié como maquinalmente. Hice de modo que la entrevista fuese lo más corta posible, y, cuidando de no volver la espalda, me despedí sin sentimiento, y vié desaparecer con gusto.

En las praderas, un mejicano es, en mi concepto, más temible que un indio: á este último se le puede considerar como á un enemigo declarado; se le intimá desde lejos á qué se mantenga á cierta distancia, y si no hace caso se le ataca desde luego; pero un mejicano se aproxima como amigo, y si cree que puede obrar sin ser observado, os dispara un tiro apenas volvéis la espalda, ó bien os dirá políticamente, presentando su cigarrillo: «—¿Tiene lumbre el señor?» Y en el momento en que se larga la mano os dará una puñalada.

No hay gente más traidora é inclinada al asesinato que la mayoría de esos mejicanos que se encuentra en algunos puntos de la América española. Matan á un extranjero con la misma indiferencia que si fuera un pollo, cuando creen que pueden robarle algunos duros, librándose de ser cogidos. Yo estoy seguro que para cometer semejante acto no tienen escrúpulos de conciencia: lo único que les inquieta es el temor de ser descubiertos.

Si una persona notable es asesinada en las llanuras, la noticia se propaga con la rapidez del rayo por todo el país, y se habla mucho de la falta de leyes; pero pocos pueden imaginar cuál es el número de hombres que mueren así asesinados, sin que nadie tenga conocimiento de ello, y cuyas viviendas quedan abandonadas á merced del primero que las ocupe.

Nada más me ocurrió durante el día que de contar sea. Por la noche llegué á una laguna, en cuyas orillas acampé.

Desensillé el caballo, le bañé el lomo, y, cogiendo la que me pareció la mejor yerba, dile una buena ración. Despues encendí una hoguera, calenté un poco de carne que llevaba, é hice el té en una cafetera de hierro, único utensilio que llevaba: debí contentarme con un mendrugo de pan, porque no tenía más.

Si es triste estar en las praderas durante el día, ya se puede imaginar lo que será por la noche. Muy pocos son los que hacen un viaje así más de una vez, al menos entre extranjeros, pues la gente del país debe recorrer á menudo las praderas por obligación.

A aquella noche dormí poco, y visité á mi caballo con frecuencia para ver si estaba bien sujetó, avivando mi hoguera cuanto me fué posible, porque el aire de la noche era bastante frío.

A menudo me asaltó la idea de que el mejicano podría volver para seguirme, y este pensamiento no era el más propio para que yo pudiese conciliar el sueño. Al amanecer, no obstante, la naturaleza se impuso, y dormí profundamente, sin despertar hasta bien entrado el día.

Poniéndome en pie presuroso, observé con satisfacción que mi caballo estaba bien sujetó

y que se había comido toda la yerba que tenía á su alcance.

Le ensillé, teniendo cuidado de no apretar demasiado la cincha, y mientras me entregaba á esta operación acabé de comer el pan y la carne que me quedaba.

Habría caminado dos horas, poco más ó menos, cuando á mi derecha, á pocos centenares de pasos, vi un antílope, que en vez de huir avanzó trotando hacia mí, deteniéndose cuando estuve muy cerca, para mirarme con el mayor asombro. Yo esperaba verle huir de un momento á otro y desaparecer con la rapidez del relámpago; pero evidentemente no había satisfecho su curiosidad, y siguió avanzando hasta que estuve á ciento cincuenta varas de mí, en cuyo momento volvió á detenerse.

La ocasión era tentadora, y, sin pensar en las consecuencias posibles, desmonté rápidamente, desarrollé la rienda del caballo, que llevaba sujetá en el pomo de la silla, la pasé á mi muñeca dando dos vueltas, y alejéme unos diez pasos de mi bronco. El antílope no se movió, y entonces, apuntando cuidadosamente mi revolver, hice fuego.

Un momento después rodaba yo por la pradera, con la muñeca lacerada, pues mi caballo, después de dar dos ó tres saltos, arrancándome la rienda, alejábase rápidamente.

Ya no pensé más en el antílope, y, levantándome presuroso, lancéme en persecución del cuadrúpedo. Este había desaparecido detrás de las ondulaciones de la pradera; pero no tardé en volver á verle. Ya no corría con tanta rapidez, y con no poca satisfacción mía le ví detenerse para comer yerba.

Entonces me pude acercar al cuadrúpedo á la distancia de unos quinientos pies; mas, apenas observé el caballo que yo estaba tan cerca, tiró un par de coches y alejóse á un cuarto de milla más allá.

Otra vez me acerqué con igual cautela; mas el resultado fué el mismo.

En el espacio de cinco millas seguí al bronco sin poderme acercar á él nunca á menor distancia de cien pies; y ya renunciaba á toda esperanza de cogerle, cuando me pareció observar un cambio en su proceder.

Detúvose de nuevo, echó la cabeza hacia atrás como para humear el aire, y fijó su mirada hacia el O. Seguí con la vista la misma dirección, y entonces divisé, á unas dos millas de distancia, unos diez ó doce caballos salvajes. Mi bronco debió reconocerlos también, y, relinchando con fuerza, partió con la rapidez del rayo en dirección á ellos.

La manada me había divisado, sin duda, pues en el mismo instante se alejó con la velocidad del viento, perdiéndose de vista, mientras que mi bronco iba apresuradamente en su persecución.

Recuerdo que los caballos corrían en fila, con la crin y la cola flotando al viento; de modo que presentaban un magnífico espectáculo, aunque en aquel momento no estaba yo en disposición de apreciarle.

Ignoro si mi bronco conseguiría alcanzar á

sus compañeros: lo único que sé es que no volví á verle nunca.

Lo primero que hice cuando me convencí de que había perdido el caballo para siempre, fué examinar qué objetos me quedaban: tenía en el cinto mi revólver de Colt bien cargado, media docena de cartuchos, un cuchillo, un pedazo de pan, la pipa, un poco de tabaco y una docena de fósforos, que no eran lo menos importante.

Sin embargo, carecía de agua, pues la bota

mi fuerza en cuanto fuese posible, sabiendo que, si no lo hacía así, el inusitado ejercicio de andar, después de haber estado casi siempre en la silla del caballo, me cansaría muy pronto.

(Se concluirá)

*** PENSAMIENTOS ***

—El pudor es de las armas defensivas que puede usar el bello sexo, la más poderosa.



PERDIDO EN LA PRADERA: El muchacho fué arrojado muy pronto de la silla...

que llevaba iba sujetada en la silla del caballo, lo cual era un grave contratiempo, porque, después de mi larga carrera, aquejábame ya la sed, tanto, que de buena gana hubiera cambiado por la bota mi cuchillo, la pipa, el tabaco y el pan.

No ignoraba yo que con un poco de agua y el revólver probablemente podría subsistir algunos días, aunque solamente consiguiera matar un perro de la pradera, ó uno de los mochuelos que infestan los sitios donde abundan aquellos animales.

Sin vacilar ya más, emprendí la marcha en la dirección, que, en mi concepto, debía seguir, sin acelerarme mucho, pues deseaba conservar

—Es menos fría la vejez cuando se llega á ella conservando el fuego que prestan el cariño y las creencias.

En cambio, peor que el hielo es la vejez escéptica.

—No pensar en el porvenir lleva luego á lamentar el pasado.

—La mayor parte de los crímenes del amor se deben, como los de la cólera, á obcecación y arrebato.

—Los aspirantes á maridos son lo mismo que los pretendientes á ministros. No hay que fiarse de sus programas.

—La coqueta atrae á los necios como el imán al acero.